

Primer misterio: La Resurrección del Señor

Cristo resucita y nos transmite su vida, su amor, su valor y su fuerza.

Es la misma fuerza que tiene San Pablo y le hace decir: ¿QUIÉN ME SEPARARÁ DEL AMOR DE CRISTO? ¿La muerte, la tribulación, la enfermedad?

Nada, dice él, me separará del amor de Cristo. Ni la angustia, ni la enfermedad, ni la vida ni la muerte me separarán del amor de Cristo.

Para san Pablo nada de este mundo, ni próspero ni adverso lo pudo separar de Cristo. Ni los gozos mundanos lo atraían, ni las calumnias y persecuciones lo detenían en su seguimiento. Trabajos, prisiones, azotes, naufragios, fatigas, vigiliadas prolongadas, fueron nada para aquel enamorado de Cristo crucificado y resucitado.

¡Qué diferentes somos nosotros! Cualquier cosa nos enfría en la vida espiritual, o nos distancia y hasta nos separa de Cristo con el pecado mortal. El frío del invierno, el calor en verano, todo nos lleva fácilmente a una vida más cómoda. ¡Qué poco pensamos en Dios y en los bienes que Dios tiene preparados en el Cielo para los que le aman y se sacrifican por Él aquí en la Tierra! ¡Qué poco tiempo dedicamos a adquirir formación religiosa, a la oración!

La Virgen nos dice: "Cumplid vuestras obligaciones como buenos cristianos", siendo testigos de la resurrección de Cristo.

*Cf. Med. 8-6-2003

Segundo misterio: la Ascensión del Señor.

Repetimos en este Prado la doctrina de la Iglesia que nos llama a pensar en el Cielo y a vivir de manera que podamos conquistarlo.

La Virgen nos dice: "Despertad a la luz. Estáis ciegos como los topos, hijos míos, que les gusta vivir en sus oscuras galerías sin buscar otros mundos".

La Iglesia en algunos de sus documentos denuncia la postura de tantos católicos que viven al margen de Dios, como si no existiese otra vida. Viven una vida cómoda de cierto agnosticismo. En castellano podemos decir que esconden la cabeza entre las alas para no ver el peligro de condenación ni la alegría de la felicidad eterna.

Como dice la Virgen, nos empeñamos en vivir de espaldas al Evangelio. Somos ciegos y nos gusta vivir en la oscuridad. Somos ciegos y creemos que vemos.

La Virgen insiste: "Vivid en el espíritu y elevad el corazón al Padre".

No vivamos a ras de tierra. Aspiremos a los bienes del Cielo. Ella nos habla de esos mundos maravillosos, que no podemos sospechar.

*Cf. Med. 8-6-2003

Tercer misterio: La Venida del Espíritu Santo

La Venida del Espíritu Santo es la gran manifestación y efusión del amor de Dios que se derrama en el corazón de los redimidos.

Hoy se dice frecuentemente que Cristo nos ha salvado, y con esto se quiere negar la necesidad de nuestra cooperación en la acción santificadora del Espíritu Santo.

Muchos piensan que ya estamos redimidos de manera completa. Y que hagamos lo que hagamos, nos salvaremos por esta redención de Jesús.

Nada más falso. Cristo nos ha redimido con una redención sobreabundante. Pero los méritos de la redención de Jesús, conseguidos con su pasión, muerte y resurrección, tienen que llegar a nosotros; los tenemos que hacer nuestros con nuestra cooperación fiel, generosa y sacrificada a la gracia.

De nada serviría a un sediento tener una fuente con agua potable y abundante, si no aplicase sus labios para beber. De manera semejante, sería inútil la redención de Jesús si no alcanzamos las gracias por los sacramentos bien recibidos.

La Virgen nos pide insistentemente que recibamos los sacramentos y, especialmente, que nos purifiquemos por el sacramento de la penitencia o confesión personal individual.

*Cf. Med. 8-6-2003

Cuarto misterio: la Asunción de la Virgen.

El misterio de la Asunción de la Virgen nos habla de felicidad y de una vida dichosa sin término, pero precedida de esta vida temporal sujeta al dolor y a la cruz.

La Liturgia y el arte sagrado nos hacen contemplar a la Virgen subiendo al Cielo, rodeada de ángeles que se arraciman bajo su manto virginal para ensalzar a su Reina.

Sí; la Asunción al Cielo de la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, es motivo de esperanza en una vida feliz para sus hijos. No puede entenderse el gozo completo de Jesús y de María sin el gozo de sus hijos.

Por eso ruega, intercede, para que disfrutemos de esa misma felicidad.

No es posible, pues, alcanzar el Cielo si no vivimos entregados y obedientes a la voluntad de Dios, de quien se hizo esclava la Virgen. "Son tiempos de amor y de paz", dice la Virgen; pero no hay amor ni paz sin renuncia y entrega.

Hoy, sí, se habla mucho de amor; pero de un falso amor, que es más bien egoísmo; sin querer oír hablar de cruz.

La doctrina constante y universal de la Iglesia es que la Virgen subió al Cielo, por permanecer primero fiel al pie de la Cruz.

*Cf. Med. 8-6-2003

Quinto misterio: la Coronación de la Virgen

En este día, Madre de Dios y Madre nuestra, te confesamos y reconocemos Reina y Señora nuestra.

Queremos cumplir las leyes y doctrina del Evangelio, viendo en Ti la realeza divina, de la que te ha hecho partícipe, de forma tan excelsa que ninguna criatura, ni en la Tierra ni en el Cielo, pueda participar con más plenitud.

Creemos que tu realeza y dominio es fruto de tu cooperación con tu divino Hijo en la redención del género humano y, con Santo Tomás de Aquino y gran número de teólogos, reconocemos que tu satisfacción tiene un valor de alguna manera infinito.

Admitimos que unida a tu Hijo, Verbo encarnado en tus entrañas, y subordinada a Él, mereciste nuestra redención sobrenatural y participaste en el pago real del precio de nuestra salvación.

Afirmamos que eres verdadera dispensadora de todas las gracias, como afirma la Iglesia y repetía el papa Juan Pablo II en su encíclica "Madre del Redentor".

Reina y Madre, queremos desagraviar a tu Hijo y también mitigar los dolores de tu Corazón bendito, llevando una vida digna de un cristiano e hijo de María. Ruega por nosotros para tener la fortaleza que nos pides.

*Cf. Med. 8-6-2003